
I.

DE MAÑANA.



INMEDIATO al árbol de la vida, no lejos de las floridas colinas, en cuyas suaves pendientes bajara el Señor á modelar por su propia mano la arcilla de que quiso formar al primer hombre, y muy cerca de las pintorescas márgenes del caudaloso río, que en cuatro brazos dividíase para regar en todas direcciones la encantadora tierra del Edén, mansión deliciosa de los primeros padres del humano linaje, se veía descollando entre un bosquecillo de los más preciosos arbustos, un rosal de belleza peregrina y de misteriosos destinos al par. Era de singularísima especie, de altos y esbeltos tallos, y de verdes hojas, graciosamente dentadas por los bordes, sin tener espina alguna ni en el lozano tronco, ni en los flexibles y aterciopelados ramos.

Sobre la rica esmeralda de su tallo más culminante y más revestido de lucientes hojas, el rosal desplegó en solemne mañana, la espléndida púrpura de su primera flor que, hermosa y galana, brilló sin igual, esparciendo el perfume más suave, como de óleo derramado, en aquellos frondosos verjeles plantados por la mano misma del Omnipotente Creador.

¡Tal era y tan admirable, sirviéndole de humilde cortejo y de apropiado realce, todas las bellezas de los primorosos jardines del paraíso terrenal!

Sonrientes los Angeles la contemplaron, y las aves canoras la saludaron derramando raudales de la música más dulce.

Mariposas de rojo y azul, de oro y de fuego, revoloteaban sobre su gentil corola, á la tibia luz de los primeros rayos del sol, coronándola con círculos de vistosos cambiantes, más ricos y esplendorosos que las prismáticas reverberaciones de rutilantes y preciosas piedras.

La aurora había cubierto á cada uno de sus delicados pétalos con mil castos besos, dejándola por prenda de maternal cariño, y como prendidas en guirnalda de inimitable orfebrería, las transparentes perlas del rocío matinal.

¿Por qué tan noble y magnífica, por qué tan regia y soberana se ostentaba aquella flor? ¿Cuáles eran sobre todas las demás, los privilegios de su crea-

ción? ¿Cuál era el misterio que en ella se vinculaba, y que tanto la hacía irradiar?

Ah! Era que aquella flor, aquella rosa, tenía como dote singular, la de haber visto la luz primera junto con la primera mujer, naciendo como ligada con ella en poética y misteriosa lazada, pues abrió su capullo en la mañana alegre y serena en que Eva fuera creada, en el acto mismo en que, instituyendo el matrimonio Jehová, se la presentara al hombre, y en que éste, trasportado de júbilo, exclamara con acento inspirado: «Hé aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne.»

En aquella hora solemne, Adán, el primer hombre, postrándose, bendijo al Señor; y dirigiéndose en seguida al precioso rosal, señaló con el dedo aquella significativa flor, diciéndole á la mujer, (cuya presencia, animando y realzando todos los cuadros de la creación, había venido á completar las bellezas y las delicias del Edén), que la escogía y la destinaba para entretejerla, como la joya más inestimable, en la guirnalda de flores con que en la tarde de aquel día, se proponía coronarla como á Reina de la creación.

Eva, por esto, contemplaba un no sé qué de inefable en aquel rosal predilecto, y diérale á la rosa el dulce título de hermana.

II.

AL MEDIO DIA.

¡LLEGÓ el luminar del día á la mitad de su carrera.

Y Satán, que deslizándose entre las yerbas y las hojas caídas de los árboles, lleno de envidia y en figura del más horrible de los reptiles, iba á tentar á la madre de los vivientes, pasó arrastrándose junto al rosal.

En uno de los más furiosos accesos de su rabia infernal, excitada á vista del privilegiado arbusto, enroscóse en derredor del tronco, agitando violentamente á la flor, y aun pretendió quemarla con su venenoso aliento, y quiso también cubrirla con humores inmundos, con el propósito de emponzoñarla y aniquilarla.

Mas la horrenda bestia no logró su objeto.

Empero, el rosal se sintió como avergonzado, ó como indignado, agitándose temblorosos todos sus ramos. Bruscamente herido del cierzo, parecía, además, gemebundo y espirante.....

Era ¡ay! el funesto anuncio de la próxima caída de la mujer, cuya flor de inocencia y de felicidad, iba en aquel instante á desaparecer.

A la pérfida sombra de un frondoso manzano, tentó la serpiente á la mujer, y ésta sucumbió, quedando entristecida y avergonzada, ocasionando su caída aun más sensibles y dolorosos sacudimientos en la misteriosa flor de la margen del río, que los que sufriera al ser tan rudamente agitada por la misma serpiente, que junto á ella acababa de pasar.

III.

POR LA TARDE.

CUANDO Eva, después de su caída, corrió traspasada de angustioso oprobio, buscando inútilmente adónde esconderse de la mirada de Dios, una flor también ¡la flor misteriosa! se desprendió del tronco abatido del rosal, y se hundió hústia y seca en el suelo, esparciéndose, á merced de los vientos, los tristes despojos del cáliz y de los pétalos que su simiente envolvían.

¡Era la flor á que ella daba el título de hermana, y que Adán se había propuesto en las primeras horas de aquel mismo día, tomar como la mejor, para la guirnalda con que en la tarde coronaría á su consorte, dividiendo así con ella el imperio de la creación!

Pero ¡ay! aquella tarde se había presentado trisísima, sombría y fatídicamente brumosa.

En ella el Señor echó del paraíso á la mujer delincuente, que salió acompañada del hombre criminal, de este Rey destronado y sentenciado á comer el pan con el sudor de su rostro.

En aquella tarde, pues, en lugar de flores, Eva sintió sobre su cabeza el peso de la divina maldición.

Y aquella maldición era la consecuencia del pecado original.

IV.

EN LA NOCHE.

HORA terrible de las justas iras de Dios!

Los reos salieron del paraíso agobiados bajo el rigor del justo anatema, é inmediatamente, como el último fulgor de una gigantesca lámpara que se apaga, la lumbrera del día se extinguió en el ocaso, y la triste noche, desplegando desde lo alto del cielo su oscuro manto, envolvió á la naturaleza toda en el fúnebre atavío de la muerte, severamente despojado, aun de los ligeros esmaltes de argentada luz, con que las estrellas del firmamento suelen como indecisamente adornarle.

Al mismo tiempo, y por primera ocasión, el ímpetu furioso de la más deshecha tempestad, agitó al

universo entero sobre sus escondidos y misteriosos ejes.

El retumbo del trueno, antes jamás escuchado por la malograda pareja del paraíso, estalló, como si el orbe en conflagración espantosa, lanzara un grito para desquiciarse en seguida y volver al caos de donde había salido.

Las aguas saltaron precipitándose en desbordados torrentes y gigantescas cataratas.

El cielo sombrío se cubrió aun con más densos velos de caliginosa oscuridad, violentamente rasgados de vez en cuando como por inmensas serpientes, con la luz rápida y deslumbradora de la electricidad, que se desarrollaba en las nubes apiñadas, como gigantes montes sobrepuestos los unos á los otros y suspendidos en los pavorosos horizontes.

Una granizada en piedra cayó del cielo, como rocas que se desploman, esparciendo la destrucción y la muerte sobre los reinos animal y vegetal.

Los volcanes, rebramando en el seno de las montañas, hacían retemblar las altas sierras y los extensos valles, y abriendo de repente su profundo cráter con detonación espantosa, arrojaban acá y allá su flamígera lava y su siniestra luz.

Los animales corrieron como perseguidos los unos por los otros, sin saber adónde guarecerse, y como explicando su salvaje sorpresa y su justa indignación por el pecado del hombre.

Los árboles de dilatadas florestas cayeron en masa arrancados de raíz, destrozadas sus vestiduras de exuberante follaje, y reducidos á corpulentos esqueletos, juguetes del huracán.

Muchas tierras se hundieron y desaparecieron, y otras nuevas se presentaron como surgiendo espantadas de las entrañas del globo terráqueo.

.....
Y las leves y marchitas hojas ¡ay! que mal abrigaban la simiente de la malograda rosa de nuestra historia, fueron también lanzadas del paraíso en pos de la mujer, pues una corriente de agua y un soplo sobre-natural, las aventó lejos, muy lejos del Edén, cuyas puertas inmediatamente cerró con sus poderosas alas, un Arcángel de mirada encendida, armada su diestra con espada de fuego amenazador.

Aquellas reliquias místicas é imperceptibles de la rosa, que así iban volando envueltas en las fatídicas alas del cataclismo universal, y siguiendo siempre inseparables á la mujer, se detuvieron al quedar oprimidas bajo el polvo espeso que se había convertido en fango, precisamente, allá donde Eva paró fijando sus cansados piés, y apoyando la abatida frente sobre el hombro de su afligido hermano y esposo.

¡Oh, qué noche aquella tan lúgubre y de recuerdo tan triste!.....

Pero también, ¡qué noche aquella de tan profundo misterio!.....

V.

DESPUES.

AUNQUE ya deteriorada la naturaleza toda por causa del pecado con que el hombre había ofendido al Creador, y que provocara tan universal catástrofe, poco á poco se fué serenando, y las estaciones siguieron corriendo su curso.

Poco tiempo después, la simiente del rosal, que había seguido los pasos de los desterrados del Edén, germinó frente á la rústica morada de éstos, brotando en la superficie de la tierra una nueva planta, abriendo á poco sobre su tallo más culminante y revestido de lucientes hojas, el capullo de una nueva rosa.

Originaria ésta del paraíso, al descubrirla Eva una mañana, corrió presurosa y llena de alegría infantil á observarla de cerca y atentamente contemplarla. ¡Cuál no fué, y cuán grato su asombro al reconocerla! ¡Cuán arrebatadamente deliciosa su sorpresa! ¡Era, en efecto, la rosa predilecta y singular; era su hermana; era el recuerdo inefable del Edén y de la felicidad perdida!

Sintióse como trasportada al cielo á vista de ella, y llena de dulce emoción, estrechó con fuerza la